

EL PELIGRO DE LOS DESODORANTES

Los peligros de los desodorantes corporales han sido denunciados con frecuencia. Sin embargo, los riesgos de alergia, de dermatitis, de eritemas, de fotosensibilización o de eczema, para no citar más que algunos de los efectos posibles de los diversos cuerpos químicos que entran en su composición; no son más que los árboles que no dejan ver el bosque: incluso si se llegase a fabricar un desodorante que no presentase toxicidad alguna para el organismo, no dejaría de ser peligroso, puesto que suprimiría funciones fisiológicas esenciales, destruyendo las feromonas, cuya acción parece ser mucho más importante de lo que se pensaba hasta ahora.

Estas feromonas, conocidas en la mayor parte de las especies animales, han sido voluntariamente ignoradas en el hombre. Son en cierto modo «hormonas de uso externo».

Contrariamente a las hormonas normales, que portan mensajes entre los distintos órganos de un individuo, las feromonas sirven para transmitir mensajes entre los diferentes miembros de un mismo cuerpo social. Son «hormonas sociales» que no están destinadas al organismo del individuo que las ha secretado, sino a los otros individuos de su especie. Las feromonas pueden tener efectos de dos tipos, ya sea al nivel del comportamiento inmediato, ya sea al nivel de la fisiología profunda del individuo «receptor», sin que éste sea forzosamente consciente del proceso. Por lo que se refiere al comportamiento inmediato, citaremos los factores de atracción sexual. La hembra emite una sustancia cuyo olor atrae al macho: entre las mariposas, los machos pueden percibir el olor de una hembra a varios kilómetros de distancia. Los investigadores han llegado a sintetizar una feromona artificial capaz de atraer a los machos de ciertas especies nocivas hacia las trampas que se les han tendido.

No sólo están los mensajes sexuales. Existen señales de delimitación del territorio entre los mamíferos por medio de la orina u otras secreciones, que significan realmente «prohibido entrar». Hay señales de peligro: un pez herido emite una sustancia que provoca la huida de sus congéneres. También hay señales de pistas que seguir: las hormigas, que avanzan en fila india, siguen en realidad las huellas odoríferas que van dejando las que marchan delante.

Pero al nivel de la fisiología, las feromonas pueden desarrollar

una acción mucho más sutil. El olor de un macho «extraño» puede provocar la pubertad en un ratón impúber, e incluso en el caso de una hembra encinta, la reabsorción del feto y el retorno de la ovulación y la receptividad sexual.

Ahora bien, si ya hace tiempo que comenzaron las investigaciones en torno a las feromonas animales, las relacionadas con las feromonas de la especie humana son mucho más recientes. Los primeros trabajos en torno a los olores genitales de la mujer —análisis químico por cromatografía gaseosa— tuvieron como única motivación la lucha contra esos olores y la elaboración de desodorantes. El papel fisiológico de los olores era ignorado sistemáticamente.

Es inconcebible, sin embargo, que la especie humana se distinga a ese respecto del resto del reino animal. Un grupo de ginecólogos y químicos americanos acabó de publicar en la revista médica británica «Lancet» los primeros resultados de un estudio que pone en evidencia la presencia entre las mujeres jóvenes de ciertos ácidos volátiles en las secreciones vaginales, ácidos que no existen en las mujeres que han llegado a la menopausia, y que corresponden perfectamente a ciertas feromonas aisladas recientemente en los monos superiores, próximos al hombre. Esas feromonas humanas desempeñan un papel esencial, y sólo en el plano sexual.

Numerosos psiquiatras han llegado a la conclusión de que el olor es uno de los factores que operan en las situaciones de transferencia con sus pacientes. Algunos esquizofrénicos aseguran «oler» la hostilidad del analista, mientras que algunos psiquiatras afirman «oler» la esquizofrenia. Los químicos han aislado una sustancia emitida específicamente por los esquizofrénicos, el ácido trans-3-metilhexanoico. Hay incluso psiquiatras con un sentido del olfato poco desarrollado que tienen un perro en su gabinete para detectar a los esquizofrénicos.

Los olores juegan un papel capital en el desarrollo psicosexual del niño. Por medio del olor se siente atraído el niño hacia el seno materno. Por eso la utilización de un desodorante por parte de la madre constituye una herejía biológica. Más tarde, la atracción por el olor del progenitor del sexo opuesto y la repulsa hacia el olor del progenitor del mismo sexo intervienen en el desencadenamiento de las respuestas edípicas del niño. Después de la

pubertad se modifica la sensibilidad a los olores. Las mujeres pueden percibir ciertos olores almizclados que los muchachos y muchachas impúberes no perciben. Si se inyectan a ciertos varones hormonas estrógenas, podrán percibir olores que químicamente se desprenden exclusivamente de la hormona masculina testosterona y que han sido empleados tradicionalmente en la perfumería: almizcle, algalia, etcétera.

La sensibilidad de las mujeres a los olores almizclados varía según los días del ciclo menstrual, y el propio ciclo menstrual parece estar sometido a la influencia de las feromonas emitidas por otras mujeres. Una bióloga americana descubrió hace dos años una sincronización del ciclo menstrual en un grupo de jóvenes que compartían el mismo dormitorio. Todas las muchachas tenían sus reglas al mismo tiempo. La explicación más plausible era la de una influencia mutua por mediación de las feromonas, influencia de las que las propias interesadas eran inconscientes.

La acción de las feromonas podría explicar igualmente las variaciones de la edad de la pubertad de un siglo a esta parte en Europa. En Gran Bretaña, por ejemplo, dicha edad pasó por una cota máxima en la época victoriana para ir descendiendo progresivamente hasta nuestros días. Ahora bien, no es del todo imposible que en la especie humana, como entre los ratones, la pubertad se vea acelerada e incluso provocada por la presencia de un adulto «extraño» a la familia y del sexo opuesto. Con el relajamiento de la moral en Inglaterra, las muchachas tienen más oportunidades de alternar con hombres ajenos a la familia, y viceversa. Tal vez sea este uno de los motivos por los que la pubertad se presenta ahora mucho antes en los jóvenes británicos.

Las estrechas relaciones fisiológicas existentes entre los olores corporales y la sexualidad explican la represión que ha pesado siempre sobre esas «manifestaciones de la carne». Una expresión más o menos inconsciente de ese tipo de represión tal vez lo constituyan esos antiquísimos ritos que son la circuncisión y la escisión. Las feromonas son secretadas esencialmente por ciertas partes del cuerpo: las axilas, los senos y las regiones anal y genital. Todas estas zonas están provistas de órganos de evaporación que sirven para favorecer la difusión por el aire de las feromonas. Esos órganos son, por un lado, los me-

chones de pelo axilares y púbicos; por otro lado, los repliegues cutáneos de los órganos genitales femenino y masculino: allí es donde se transforman en feromonas los residuos hormonales eliminados por la orina. La persecución ritual de esas estructuras anatómicas refleja tal vez un conocimiento intuitivo de su doble papel fisiológico y social.

El empleo de desodorantes, sobre todo los llamados «íntimos», es la forma que adoptan modernamente esas mutilaciones sexuales. Por lo menos tienen efectos análogos en el plano de los contactos humanos. Su comercialización, incluso si no obedece a motivaciones económicas, utiliza argumentos extraídos del viejo fondo de represión, de opresión sexual y cultural de nuestra civilización, argumentos tendentes a provocar un sentimiento de culpabilidad en el individuo: «Atención. Usted huele mal. ¿No le da vergüenza?».

Las investigaciones en torno a las feromonas humanas están aún en su fase inicial. Aparte de los efectos sexuales de los olores sobre el comportamiento deben existir, como en todos los animales, múltiples efectos de otro tipo, mucho más sutiles, de los que somos inconscientes y que, sin embargo, actúan en profundidad en nuestro organismo y en nuestra psique. El descubrimiento y la comprensión de tales efectos podría inaugurar un nuevo capítulo de la farmacología: «la olfatoterapia». Ciertos fisiólogos piensan que un día no muy lejano podría controlarse el ciclo menstrual mediante la utilización de olores en lugar de tener que recurrir a las clásicas píldoras a base de hormonas. Bastarían unas pocas moléculas para provocar los efectos deseados.

Al tratar de suprimir todos los olores corporales se corre el riesgo de destruir equilibrios delicados o sencillamente de «neutralizar» a los individuos. Tal vez sea ese el objetivo buscado. Conseguió que la gente acepte el ir «como sardinas» en el Metro sin sentirse asqueada. La incomodidad de los transportes, las condiciones de trabajo, las obligaciones industriales producen al final de la jornada «cócteles» de olores que nos repugnan. Pero no son esos olores lo anormal, sino amontonar a varias personas por metro cuadrado en la atmósfera recalentada de un vagón de Metro. E incrementar excesivamente las secreciones naturales, esos medios de defensa con los que nuestros lejanos antepasados se mostraban mucho más respetuosos. ■ CHARLES SCHREIDER.